

Arqueología en Antioquia y el nuevo milenio: comentarios en torno a 50 años de investigación

Construyendo el pasado. Cincuenta años de arqueología en Antioquia

Sofía Botero Páez (ed.)

Boletín de Antropología Universidad de Antioquia (edición especial), Departamento de Antropología, Museo Universitario, septiembre de 2003, 219 p.

Indudablemente, las miradas retrospectivas tienen un sentido al menos doble: recordar para no olvidar y recordar para ver a futuro. Las dos no son automáticas, y mientras que la primera quizá se alcance con más facilidad —sin entrar aquí en consideraciones de “objetividad” del recuento como producto directo del ejercicio de viajar en la memoria—, lo mismo no puede decirse de la segunda, pues esta supone, además del ejercicio de rememorar, la intención de introducir en el recuento, observaciones, análisis, síntesis y críticas que dejen vislumbrar “caminos” a futuro. Conjugar estos sentidos de manera orgánica es el reto que plantea este volumen especial del *Boletín de Antropología* de la Universidad de Antioquia, ya que al tiempo que rendirle un homenaje póstumo a Graciliano Arcila Vélez, lo que busca es “presentar para su análisis y discusión las distintas versiones y miradas que se han elaborado sobre la historia más antigua de este departamento [Antioquia], al tiempo que ofrecer a la comunidad datos e información que por distintas razones han circulado de manera restringida”, como se anota en la presentación del volumen (p. 10). De manera más enfática se plantea que “el reto que quisimos enfrentar fue presentar un texto propositivo que nos permitiera identificar, a nosotros y las nuevas generaciones, no sólo las encrucijadas académicas sino los caminos sociales, analíticos y metodológicos para avanzar en ellas. Se trataba de cumplir con una exigencia que desde hacía años nos estaban y nos estábamos haciendo” (p. 10).

Un volumen con tales pretensiones —conformado por 8 secciones (dos iniciales de presentación y 6 textos centrales)— hace que sea también un reto realizar una

reseña integral del mismo, ya que, por una parte, no todos los textos están centrados en una sola temática —al tratar estos de abarcar la obra de Arcila Vélez—, y, por otra, porque los textos que en principio abordan temáticas similares, presentan énfasis y características bien diversas. Por esto, de antemano, debemos decir que nuestros comentarios se centrarán de manera especial en lo relacionado con la reconstrucción histórica del poblamiento humano en esta región, en especial sobre los grupos “agroalfareros”, tratando tangencialmente las otras temáticas abordadas en los diferentes textos. El sesgo que estaremos introduciendo, no es de por sí garantía de lograr una mirada de conjunto sobre esa temática, pero al menos, creemos, nos ofrece un punto de referencia común para las reflexiones generales que hagamos.

El volumen, concebido entonces como algo más que un homenaje póstumo a Graciliano Arcila Vélez, el “padre” de la arqueología en Antioquia —entendiendo este calificativo en el más amplio sentido de la palabra, ya que fue fundador del Museo Antropológico, del Museo Histórico, del *Boletín de Antropología*, de la Sociedad de Antropología de Antioquia y del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia—, hace que los textos principales recurran a su obra para destacar sus aportes, lo cual no puede negarse, alcanza a generar un número de pasajes reiterativos, en especial en las introducciones de los diferentes textos, lo que les da un tono algo “acartonado” (obligado); quizá este sea uno de los precios del homenaje.

Tanto la sección *Presentación*, por Sofía Botero, como la segunda, titulada *Palabras del señor Rector de la Universidad de Antioquia*, por Alberto Uribe Correa, señalan el derrotero de la obra, la primera dibujando el panorama de los textos principales y la segunda exaltando la figura del investigador Arcila Vélez.

En el primero de los 6 textos centrales, titulado *Graciliano Arcila y la Arqueología en Antioquia*, Emilio Piazzini destaca el aporte del investigador poniendo de manifiesto el contexto histórico en que se mueve el personaje, de la mano con la creación y consolidación de un espacio de reconocimiento para el ejercicio de la antropología y la arqueología tanto en el país como en Antioquia, proceso que arranca con la creación del Servicio Arqueológico Nacional en 1937 y que continúa hasta la creación de los departamentos de antropología en las universidades colombianas. Así, sobre la base de un panorama de la política educativa del país, el autor genera el espacio para, al tiempo que describir la trayectoria seguida por Arcila, incursionar en las tensiones que se suscitan en la obra de éste, donde se “puede observar cómo las convicciones filosóficas y políticas, así como las investigaciones y gestiones académicas, estaban guiadas por una estrecha articulación entre la fe en la ciencia y la religión, entre el conocimiento antropológico y el propósito de incorporación de los sectores sociales marginados a la dinámica de un progreso basado en las características propias de la población” (p. 21). Este periplo por la obra de Arcila aborda también consideraciones en torno a las concepciones de éste frente a la arqueología como disciplina, su campo de acción y el rol de la difusión como elemento de explicación —en particular las migraciones— en su obra.

El texto de Piazzini logra ambientar un escenario detallado para entender otros aspectos de la obra del investigador, como ocurre con el segundo texto central del volumen titulado *Contribución de Graciliano Arcila Vélez al conocimiento bioantropológico de la población amerindia nativa colombiana*, por Javier Rosique Gracia. En este, en efecto, se hace un detallado viaje por la obra del investigador colocando en perspectiva las investigaciones que realizó en el campo específico de la antropología biológica, destacando los conceptos y datos que manejaba en función de lo que era el punto de vista predominante en la comunidad científica en las décadas de los 40, 50 y 60 del siglo pasado. El texto, no obstante, trasciende esa descripción al contrastar esas ideas con el estado actual de la discusión sobre los mismos, aspecto que le da al texto un valor especial. Entre los conceptos y temas abordados están el concepto de raza, el aporte de los estudios hematológicos, las consideraciones sobre antropometría de los indios nativos y el origen de la población sudamerindia. Como plantea Rosique (p. 65), los temas que dominaron el trabajo de Arcila en este campo siguen siendo centrales en el debate contemporáneo de la antropología física, lo cual hace necesario un conocimiento detallado del desarrollo alcanzado en el pasado para perfilar los desarrollos futuros, tanto de la antropología biológica en general, como de las investigaciones en dicho campo en Colombia.

El tercer texto, *Arqueología de Antioquia balance y síntesis regional*, por Gustavo Santos Vecino y Helda Otero de Santos, es un texto ambicioso que busca hacer una memoria/recuento histórico pormenorizado sobre el desarrollo de la investigación de las ocupaciones humanas en la región antioqueña —que es lo tratado en la primera parte del ensayo (pp. 71-91)—, y un estado del arte de los datos y periodizaciones (la reconstrucción histórica del poblamiento) para la arqueología de la región, que es lo tratado en la segunda parte (pp. 91-117). El texto, podría decirse, es una lectura (una memoria) “muy personal”, en el sentido que los autores son actores de primer orden en la historia y temática reseñada. No es gratuito que Obregón (siguiente texto del volumen), ubique a Santos como uno de los personajes que definen la tríada central sobre cuya base, según éste, se desarrolla la arqueología en Antioquia.

La primera parte del texto, titulada *El desarrollo de la Arqueología en Antioquia*, donde se describe el itinerario —y los actores— de las investigaciones arqueológicas, está subdividida en cuatro apartes denominados “Antecedentes”, “Las primeras investigaciones en Antioquia”, “Las investigaciones iniciales en la zona montañosa de Antioquia” y “‘Arqueología de Rescate’, e investigaciones recientes”. Mientras que la sección “Antecedentes” describe el estado de la investigación entre las décadas del 40 al 70 del siglo pasado, en donde Arcila es personaje central, y ubican el inicio de una arqueología fundamentada “en la aplicación de métodos y técnicas de campo y laboratorio y fechas de radiocarbono y estudios de suelos” (p. 72) a finales de los 70 del siglo pasado, la sección “Las primeras investigaciones en Antioquia” abarca el periodo de la década del 70 al 90 del siglo pasado (p. 75). Este periodo está caracterizado por tener, entre sus objetivos, “la definición de complejos culturales

o arqueológicos (o conjuntos de vestigios asociados), y el conocimiento de su distribución cronológica y espacial, con base en los rasgos estilísticos de la cerámica (forma y decoración de las vasijas), y [...] el establecimiento de las relaciones de los complejos tardíos con los grupos étnicos del siglo xvi” (p. 73). Esta agenda, como la del resto del país, se “caracterizaba por la ausencia de discusiones sobre los presupuestos teórico-metodológicos que implícitamente se adoptaban” (p. 73). Consideran los autores, no obstante, que como resultado de estas investigaciones “pioneras” se logra establecer un esquema para las ocupaciones humanas en Antioquia en el cual se “identificaron fases, complejos, tradiciones y estilos cerámicos, como Urabá, Ferrería, Marrón Inciso, Pueblo Viejo, Inciso con Borde Doblado, La Sorga, La Aguada y Tardío” (p. 75). Se anotan también avances en la realización de inferencias sobre patrones de asentamiento, actividades de subsistencia, organización sociopolítica, además de la introducción y desarrollo de metodologías de campo no sólo de áreas pequeñas y entierros sino de excavaciones en área de sitios de vivienda y prospecciones en área (p. 76).

La tercera parte, “Las investigaciones iniciales en la zona montañosa de Antioquia”, se concentra en la zona montañosa debido al amplio espectro de zonas de investigación en el departamento (p. 76). La investigación en esta región, indican los autores, permitió la construcción de una propuesta de periodización basada en la identificación de dos periodos para las sociedades agroalfareras, uno Temprano representado por los estilos Ferrería (siglos v a. C. a vi d. C.) y Marrón Inciso (siglos i a vi d. C.) y otro Tardío (siglos x a xvii d. C.) representado por el estilo Tardío que incluye los complejos Inciso con Borde Doblado, La Aguada y el Tardío del Valle de Aburrá. Esta propuesta contrastaba con otra alterna que proponía la coexistencia de los estilos Ferrería y Marrón Inciso o Pueblo Viejo hasta la época de la Conquista en el Valle de Aburrá (p. 77).

Santos y Otero de Santos consideran que estas periodizaciones, contrastan también con varios intentos hechos por diversos investigadores para tratar de “superar la definición de períodos estrictamente cronológicos y de introducir elementos para tratar de establecer períodos fundados en cambios de orden económico, social y político” los cuales no prosperaron en la forma de servir como elementos orientadores de investigaciones específicas (pp. 78 y 79).

En la última parte o sección “‘Arqueología de Rescate’, e investigaciones recientes”, se registra el desarrollo de la arqueología de rescate, iniciándose a mediados de la década del 90 del siglo pasado y llegando hasta las investigaciones recientes —primeros años del presente siglo—. En la sección se listan las investigaciones realizadas y se afirma que si bien con la arqueología de rescate se introducen nuevos enfoques y nuevas metodologías de campo y laboratorio, la mayoría de estos estudios recientes,

[...] se orientaron a precisar o discutir el marco Histórico-Cultural (la definición de los estilos cerámicos, sus relaciones y sus cronologías, y las secuencias de ocupación o períodos

originalmente propuestos), y, en algunos casos, los planteamientos sobre la explotación indígena de la sal, [...] sin que se hubieran desarrollado nuevas problemáticas, nuevos enfoques, o nuevas metodologías de campo y laboratorio, lo cual es sintomático de una arqueología que, de alguna manera, se basó en las investigaciones iniciales y se desarrolló en un ambiente carente de enfoques teóricos, aislada de las discusiones académicas de la arqueología en los ámbitos nacional y mundial (p. 81).

En este panorama, y como “excepciones a las investigaciones sin una orientación teórica explícita” (p. 84), merecen consideración especial para los autores los proyectos realizados en Riachón, Porce III y San Andrés (Ardila, 1997 y 1999) por una parte, y el realizado en el Valle de Aburrá (Langebaek et al., 2002), por otra, pues con estos “se introdujo un nuevo discurso en la arqueología de Antioquia, derivado de la arqueología Procesual [sic], basado en la concepción neopositivista de la ciencia de probar o contrastar modelos o hipótesis” (p. 84). Estos proyectos y otros como el realizado en el área de influencia de Guaico (Jaramillo et al., 1998), indican los autores, asumieron la región como la escala necesaria para “la comprensión de patrones de comportamiento cultural relacionados con los asentamientos, la agricultura y la explotación de recursos y de las dinámicas de la población” (p. 85). No obstante, reiteran los autores, “los eventos y procesos del desarrollo de sociedades prehispánicas en la zona montañosa de Antioquia, están involucrados en *grandes contextos* territoriales que superan la escala regional” (p. 85, énfasis añadido).

La sección continúa reflexionando sobre diversos aspectos de los proyectos mencionados, tanto en el orden teórico como metodológico, y termina con una reflexión sumaria sobre el ejercicio de la arqueología en el contexto actual en donde, además de plantear que “en el mundo posmoderno de hoy, con el cuestionamiento a los paradigmas o modelos teóricos del siglo pasado y el reconocimiento de sus limitaciones y de sus frustraciones, lo que ha dado origen a una crisis en las ciencias sociales, incluyendo la arqueología” se debe propender a una apertura teórica, en la que los presupuestos básicos de investigación estén claramente planteados; no se trata de cerrar filas en torno a una “versión verdadera” del pasado prehispánico, desconociendo otras versiones “ni tampoco asumiendo el relativismo desbocado (en el que todos los puntos de vista tienen el mismo valor) sino de revelar las ideas que subyacen en la práctica arqueológica, y su relación con un contexto social y político históricamente situado” (p. 90). Se mencionan temáticas que no han sido aún seriamente abordadas por la arqueología así como los campos nuevos en que se está incursionado y que determinan derroteros promisorios a futuro.

La segunda parte del artículo, como mencionamos, presenta varias discusiones alrededor de los modelos o esquemas de periodización que se vienen utilizando en la región. La propuesta de los autores es abordarlo con base en dos grandes periodos en donde la producción de alimentos es el factor esencial para marcar el paso del uno al otro: cazadores-recolectores hortícolas y sociedades agrícolas y alfareras (3.000 a. p. hasta el siglo XVI). En la discusión detallada de cada periodo, la primera parte incluye la cerámica Cancana, y la segunda en orden cronológico está representada por lo

Ferrería, lo Marrón Inciso y lo Tardío (que es una serie de subestilos), llegando hasta lo colonial y republicano.

Las consideraciones iniciales sobre los precerámicos (dejando aquí de lado la presentación de las evidencias y sus fechamientos) lleva a Santos y Otero de Santos a llamar la atención sobre las deficiencias en la calidad de los estudios de cazadores y recolectores, falencias que como se plantea en la cita 29 de la página 103, abarcan tanto los factores de orden social y cognitivo, como la competencia por recursos, la territorialidad y la interacción social entre otros. Esta sección, como se indicó antes, incluye la presentación de la ocupación Cancana, pues todas las evidencias sugieren, básicamente, una continuación de este modo de vida, sólo que con la presencia de cerámica como elemento nuevo.

Con relación a los reclamos que hacen los autores al esbozar las deficiencias que aprecian en los estudios de cazadores-recolectores, si bien uno puede estar de acuerdo, lo que se debe enfatizar y queda claramente de manifiesto es que esas falencias tienen su origen, ante todo, en que las estrategias de investigación no se han orientado a esos grupos como tal, siendo el hallazgo fortuito de yacimientos de esas poblaciones en el marco de otras investigaciones o actividades lo que ha predominado, y de allí, por consiguiente, las deficiencias anotadas.

Al entrar de lleno en la parte de los grupos “agroalfareros” se destaca el argumento según el cual, y con base en las fechas radiocarbónicas graficadas en la figura 1 de la página 92, los estilos cerámicos conocidos como Cancana, Ferrería, Marrón Inciso y Tardío, muestran una “secuencia cronológica de los estilos u ocupaciones prehispánicas (figura 1), en detrimento de la versión sobre la coexistencia de todos los estilos cerámicos” (p. 91 nota 24).

La ocupación representada por el estilo Ferrería, no obstante, la ubican los autores entre el siglo v a. C. y el iv d. C., pues las fechas más tempranas y más tardías son consideradas como anómalas. Se plantea que mientras para algunos estos grupos no alcanzaron un desarrollo de complejidad social estilo cacicazgo, para otros este nivel sí se alcanzó, lo cual deja abierta la discusión sobre su estructura social así como su génesis, hecho sobre el cual también hay diversas opiniones.

Una situación similar se presenta con la ocupación Marrón Inciso donde después de descartar varias fechas, se establece que la ocupación está entre el siglo i a. C. y vii d. C. Con base en estas fechas, los autores entonces plantean para el Valle de Aburrá, la coexistencia de Ferrería y Marrón Inciso por casi cinco siglos (p. 109). Tras presentar diversos argumentos —algunos contrastantes entre sí—, sobre el carácter de estas agrupaciones “Marrón Incisas”, tanto en lo político como social y en las actividades económicas, los autores concluyen que en efecto, Ferrería y Marrón Inciso representan cada uno una ocupación sin que sea claro todavía la dinámica de cambio y desarrollo al interior de éstas (p. 114).

La sección final aborda el denominado Tardío, el cual se ubica a partir del siglo x d. C., representado por nuevas manifestaciones culturales de sociedades agroalfareras,

caracterizada por una alfarería distinta a la de las ocupaciones anteriores y por cementerios de tumbas de pozo con cámara lateral (p. 114). La proliferación de estilos o subestilos en este periodo, ha sido explicada de diversas maneras, pero anotan los autores que la principal problemática “continúa siendo la de comprender los procesos y factores que llevaron al apareamiento de nuevas manifestaciones culturales a partir del siglo VIII d. C., fenómeno que ocurre también en la cuenca montañosa del Cauca y la parte superior del valle medio del Magdalena” (p. 117).

El texto de Santos y Otero de Santos, es un texto que, si bien en términos de estructura y contenido, aborda la historia de la arqueología en Antioquia no simplemente como una historia de fechas y estilos (hallazgos), sino como una en la que se trata de evidenciar los elementos fundantes de ese ejercicio arqueológico aproximándose a los conceptos centrales que subyacen a las investigaciones —como son los conceptos de cultura, evolución, etc.—, y que, en esa medida, también explora las diferencias epistémicas y metodológicas de las diferentes “tendencias” arqueológicas en que se enmarcan esos ejercicios arqueológicos, no alcanza su cometido con claridad, al menos por dos razones principales. La primera es la falta de un enunciado claro por parte de los autores de la posición teórica y metodológica desde la cual están realizando esa lectura crítica, pues en consonancia con su propia argumentación de que no creen —como plantean algunas posiciones posmodernas— que “todo vale por igual”, resulta imprescindible tal guía para que el lector sopesa tanto la coherencia y contundencia de la crítica a las corrientes teóricas o énfasis teóricos que son tratados en el texto, como la coherencia misma de la reconstrucción histórica para Antioquia por ellos propuesta. En segundo lugar y de la mano con lo anterior, creemos que, en lugar de complementarse, cada una de las dos secciones mayores en que está dividido el texto, compite con la otra, restándose espacios (páginas) necesarios para ser desarrollados cada uno con mayor independencia y profundidad, lo cual contribuye a generar problemas de argumentación y dificultad de lectura.

En el sentido del primer problema planteado, puede tomarse como ilustrativo, por ejemplo, lo relacionado con la argumentación en contra del reconocimiento regional sistemático (p. 108), pues planteada esta crítica en la forma que allí se hace, resulta, cuando menos, de un simplismo preocupante. Situación que se hace más preocupante al observar que en el texto, particularmente en la segunda parte, los resultados del estudio de Langebaek et al. (2002) en el valle de Aburra, son rescatados como parte central de la ambientación “interpretativa de la secuencia” (ej.: pp. 112, 116). En últimas, es curioso ver cómo las explicaciones o escenarios dinámicos de las sociedades se reconstruyen usando la información de dicho proyecto, siendo la metodología utilizada por este, objeto de crítica abierta. En este sentido, queda entonces una preocupación con la argumentación, pues si bien ésta enfatiza la necesidad de explicitar los supuestos básicos de las investigaciones (tanto teóricos como metodológicos), y sí, como en este caso, los del reconocimiento regional sistemático son criticados, no se entiende entonces cómo se puede luego

pasar a incorporar las conclusiones de esos estudios para reforzar los esquemas e interpretaciones que se ofrecen.

Otro aspecto problemático de carácter argumentativo en esta sección se puede observar, por ejemplo, en las afirmaciones referentes al problema de “escala” de los fenómenos investigados (las sociedades agroalfareras de Antioquia), pues allí, como anotamos anteriormente, para los autores, las relaciones o “interacciones” son de tal magnitud, que rebasarían cualquier escala de trabajo hasta el presente realizada, es decir, que la única escala a la que parece que sería posible trabajar es la escala “departamental” (léase departamento de Antioquia) (p. 85). Este problema —sobre el que volveremos luego al tratar el artículo de Sofía Botero—, es serio, pues en muchos pasajes son frecuentes las expresiones relacionadas con la interacción amplia entre grupos como posible explicación a, por ejemplo, la distribución de cerámicas con atributos similares en amplias zonas (pp. 113, 115, 116). Ahora bien, como muestra el mismo artículo, no existe ningún trabajo a tal “escala” que sustente las afirmaciones sobre las interacciones entre élites en tal universo. No obstante, esas relaciones “supuestas”, constituyen un eje argumentativo central para los autores. En síntesis, mientras encontramos críticas a metodologías específicas para abordar aspectos sociales en la escala regional, no se encuentra ninguna propuesta clara de cómo hacerlo, la cual sería, en principio, la utilizada por ellos para poder que sus propios argumentos de “interacciones macro regionales” tengan soporte.

La nota de pie de página número 5, en la página 75, es otro ejemplo de afirmaciones carentes de soporte, pues no se explica cómo el comportamiento estratigráfico de algunos componentes del registro arqueológico puede servir de punto de partida para inferencias sobre “formas de organización social”.

En cuanto a la secuencia de ocupación agroalfarera, se debe señalar por su parte que el texto se presta a confusión argumentativa, pues al estar estructurado sobre la afirmación de la “clara” sucesión de estilos (p. 91) según la gráfica 1, no es fácil de comprender luego que por una parte, Ferrería y Marrón Inciso coexistan por cinco siglos, pero que al tiempo se enfatice que son “dos grandes desarrollos regionales con diferencias culturales” (p. 110). Igualmente llamativo resulta el último párrafo de la sección sobre Marrón Inciso (p. 114), pues en este una vez más se dice que ambas ocupaciones (Ferrería y Marrón Inciso), “señalan ocupaciones con rangos temporales muy amplios”. ¿Qué quiere decir entonces “ocupación” y “desarrollo regional”? Aquí, sin lugar a dudas, lo único claro es que el fenómeno Marrón Inciso-Ferrería todavía no está claro.

En esta discusión del Marrón Inciso, obviamente, el aspecto de los fechamientos ocupa un lugar central. Y llama la atención que mientras los autores son claros en manifestar sus discrepancias con la forma en que Langebaek et al. (2002) descartaron ciertos fechamientos en su argumento (p. 87), éstos, a diferencia de los cuestionados, no aportan ningún argumento para sustentar las que ellos han incluido (y dejado de incluir, quizá), sin que sea posible evaluar las implicaciones de tales decisiones sobre la gráfica 1, que es el centro de la argumentación.

En relación con los argumentos sobre los diferentes estilos, resulta también preocupante —quizá por demasiado sintética— la argumentación frente al Tardío, pues si éste está constituido por un conjunto de “subestilos” —como son entre otros, para la cuenca montañosa del Cauca, el Cauca Medio, Caldas, Aplicado Inciso, La Aguada e Inciso con Borde Doblado, y para el valle medio del Magdalena y la Cordillera Central, los complejos Tardío, Picardía y Horizonte del Magdalena Medio o Complejo Colorados—, puede uno, entonces, válidamente preguntarse ¿qué es lo que se grafica en la figura 1 como Tardío? Si la respuesta es que aquí se ha compactado información de todos estos subestilos, la preocupación que surge es en cuanto a las posibilidades de “ver” más allá de los tiestos, es decir, de poder evaluar y considerar en la reconstrucción de esa secuencia de ocupación, las implicaciones sociales de esta diversidad estilística.

El texto, allende de las dificultades anotadas, se mueve en la dirección correcta del mucho más complicado ejercicio de poner en claro los fundamentos de las investigaciones realizadas, para poder sopesar la coherencia interna de las reconstrucciones históricas que se ofrecen. El texto, también tiene como mérito propio, el colocar en el centro del debate temas que sin lugar a dudas son centrales en el ejercicio de la arqueología de esta región y zonas adyacentes, como lo relativo a las “escalas” de investigación, las periodizaciones y las tipologías cerámicas, temas que van de la mano en cualquier intento de reconstruir el pasado, y cuya discusión, seguramente, ayudará a perfilar camino(s) para los arqueólogos del hoy y del mañana.

El cuarto texto, *Poblamiento prehispánico del valle de Aburrá: nuevos apuntes sobre un discurso fragmentado*, por Mauricio Obregón Cardona, comienza con una premisa clara en el sentido de que además del homenajeado (Ardila Vélez), la arqueología de Antioquia conforma su tríada principal con los trabajos de Castillo (1995) y Santos (1995), quienes se basaron “en una concepción etnicista de la cultura material, que asimiló a priori los conjuntos de artefactos o estilos cerámicos definidos por los investigadores, con entidades étnicas autoidentificadas (la idea corriente de los grupos portadores del estilo...)” (p. 126). Para el autor, esta postura teórica, aunada con una visión positivista del conocimiento, trajo como consecuencia una reducción del horizonte de discusión “restringiendo la cronología a la sucesión mecánica de estilos, la interacción a la dispersión simple de rasgos formales, y el cambio social a las explicaciones catastrofistas que presuponen eventos caóticos tales como invasiones y exterminios, la decadencia de las culturas y algunos desastres naturales” (p. 126).

El panorama cambia en la década de los 90 cuando se comienzan a diversificar los intereses y las voces académicas, pues aparecen en escena nuevos investigadores formados en tradiciones extranjeras o disciplinas diferentes, así como ensayos de crítica sobre el cómo, el porqué, el qué, etc. (pp. 128 y 129), proceso que se traduce en la formulación explícita y articulada de un conjunto de nuevas preguntas de investigación (p. 129).

Para el autor, la “heterogeneidad” discursiva consolidada en la última década, no representa “una babel disciplinar [sic], un caos epistémico; la interpreto como una condición generalizada de los saberes contemporáneos y como un síntoma favorable de vitalidad renovada en nuestra comunidad de saber” (p. 130).

La segunda parte del ensayo se ofrece no como el “manual” de arqueología de Antioquia, sino como una colección de reflexiones sobre tópicos diversos que tiene por fin estimular el intercambio y vida de la comunidad académica. Este texto tiene a su favor que siendo una reflexión sobre la historia, a diferencia de otros, no arranca con los hechos (los datos) sino con las representaciones de las comunidades que tales evidencias materiales soportan. Así, tras mostrar el cuadro de la película comenzando por los primeros pobladores y discutiendo cómo ha cambiado esa noción, el autor aborda el cuadro correspondiente a los agricultores y alfareros, argumentando que el guión tradicional plantea para estos avances tecnológicos un origen externo al igual que para los paleoindios, lo que lo lleva a plantear que una de las características de ese guión es que “no ha planteado una solución de continuidad entre sus partes integrantes, es decir, en esta perspectiva no se concibe la existencia de procesos de transformación que vinculen orgánicamente a los pobladores iniciales del valle con los desarrollos posteriores” (p. 134); de igual forma se viene a explicar los subsecuentes desarrollos como la agricultura y la alfarería, es decir, por “oleadas migratorias; los famosos ‘grupos portadores de la cerámica...’” (p. 134).

En cuanto a esta crítica a la visión “portadora”, y confirmando quizá lo enraizada que ésta está —aunque puede ser tan sólo un recurso estilístico (mordaz)—, vemos que el autor no puede escapar a ella al afirmar: “En buena medida, los cacicazgos portadores de la cerámica marrón incisa son todavía un asunto bastante especulativo, argumentado más desde los modelos que desde la información arqueológica” (p. 141).

El texto aborda también entonces la representación de las poblaciones Ferrería y Marrón Inciso, destacando los cambios que se han presentado en esas configuraciones, para también, en la parte final, abordar las implicaciones cronológicas de esos estilos. En este sentido y tomando como soporte dos gráficas de fechamientos para cada uno de los estilos, incluidas como figura 1 (p. 143), se argumenta que cada día aparecen más evidencias que permiten suponer que el límite temprano se extiende más en el tiempo (siglo x a. C.), frontera que podría llegar a ampliarse hasta tocarse con los desarrollos asociados del poblamiento temprano del Valle de Aburra. Con relación al límite reciente, se considera que hay consenso en que las “clásicas producciones alfareras denominadas ferrería y marrón inciso no van más allá del siglo x d. C.” (p. 142).

Por otra parte, y en cuanto a las relaciones entre Ferrería y Marrón Inciso, el argumento central es que parece existir consenso en que la mayoría de fechamientos más tempranos son para Ferrería, lo que al tomar en consideración una posible continuidad en el poblamiento del valle desde momentos muy tempranos hace que

las preguntas se direccionen “hacia los contextos sociales que hicieron posibles los cambios en la producción de artefactos, entendidos como la ‘aparición’ de un determinado estilo, su popularidad y su decadencia, es decir, los interrogantes tienden a enfocarse en cuáles fueron los significados y los usos sociales vinculados a los artefactos, y por lo tanto, los procesos de cambio que impulsaron las variaciones formales en los productos alfareros, su consolidación como estilos y su paulatino reemplazo por nuevos conjuntos” (p. 142).

Esta argumentación presenta un contraste con la argumentación de Santos y Otero pues la argumentación no indica una “clara” secuencia entre estilos, sino de fechas con tendencias que en principio ubicarían lo Ferrería como más temprano que lo Marrón Inciso, pero sobre todo, en que se abre un panorama de análisis en el que ambas manifestaciones no compiten entre sí, sino que hacen parte de un único escenario social.

La discusión de Obregón continúa luego abordando el tema de la ocupación tardía, en donde afirma que más que la alteración y destrucción de sitios, el principal problema para el estudio sistemático de esta parte de la secuencia es que la comunidad académica ha visto esto como algo negativo, un premio de segunda categoría frente al reporte o estudio de sitios más tempranos, así como por una visión que impide el trabajo con especialistas de otros campos, como con los historiadores por ejemplo.

La argumentación incluye como tesis central una propuesta o hipótesis según la cual la “concepción del periodo tardío, como manifestación de la decadencia en el poder de las élites [...], ha sido construida localmente mucho más desde la valoración estética y comparativa de las producciones cerámicas y orfebres, que desde argumentos teóricos y empíricos aportados por procesos de investigación” (p. 147-148).

Destacando entonces cómo en los últimos años se han iniciado trabajos con perspectivas y metodologías que permiten hacer consideraciones y evaluaciones de la evidencia desde otros ángulos, al punto que es posible empezar a leer el registro de esas sociedades tardías no como “decadentes”, sino como “simples” en virtud de que las élites ya no utilizan dichos elementos como fundamento de su poder (p. 148), Obregón cuestiona las afirmaciones hechas por Langebaek et al. (2002) sobre demografía en el Tardío, argumentando que la clasificación cerámica realizada por estos estaría inflando lo Tardío —pues allí incluyeron colonial y republicano—; plantea que es curioso que sean más densas las ocupaciones Marrón y Ferrería que las tardías, lo que llevaría a pensar en un declinamiento demográfico. A esto, el autor claramente concluye que el debate está abierto (p. 149), y que sin claridad sobre los atributos tecnológicos que permitan identificar de manera confiable la cerámica producida entre el siglo x y el xvi, no se podrá avanzar mucho en reconstrucciones demográficas (p. 151).

El texto concluye augurando un futuro esperanzador para la arqueología de esta región, alimentado por los “procesos de auto reflexión de los arqueólogos locales sobre la dimensión epistémica, ética, política y estética del discurso y de la praxis académica” (p. 152).

El quinto texto, *De la arqueología temprana de los bosques premontanos de la Cordillera Central colombiana*, por Francisco Javier Aceituno Bocanegra, pretende “hacer una reseña sobre cómo se ha construido el discurso de cazadores-recolectores del Holoceno temprano y medio en bosques húmedos premontanos, para lo cual la estrategia [...] ha sido la deconstrucción del discurso con el fin de descubrir los pilares teóricos, metodológicos y empíricos sobre los cuales se construyó la morfología de un discurso sobre cazadores-recolectores prehispánicos en Colombia” (p. 158).

Tras señalar cómo los trabajos de Salgado (1995) y Gnecco (1995, 2000) sientan una ruptura en los estudios al deslindar y abrir el panorama para la existencia de otros “cazadores” con sus tecnologías diferentes a los ya paradigmáticos “Sabana de Bogotá”, el autor presenta una discusión pormenorizada sobre el entorno de los contextos arqueológicos, mejor decir, ambientales, que serán discutidos (pp. 157-161). Estos contextos son los investigados por el Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia en una década, desde los comienzos de los años 90 en la Cordillera Central (Porce), y los contextos precerámicos del Cauca medio, excavados por el equipo de arqueólogos de INTEGRAL.

En las páginas 161 a 167, el autor, en una sección titulada “Alineación: de la ecología humana”, establece el marco teórico de los proyectos bajo análisis, destacando las posiciones de la ecología cultural como la dominante y marcando un contraste con el trabajo del autor mismo, en el que se invoca un modelo de ecología conductual, entre otros tópicos.

En la sección “Escenificación: interacciones bioculturales” (pp. 167-171), se discuten los logros alcanzados en la identificación del manejo del medio, destacándose cómo, por la ausencia en el registro arqueológico de restos de fauna, éste ha sido considerado como de menor importancia, aunque en teoría puede haber tenido tanto o mayor papel que las plantas en la dieta de esas poblaciones. Al discutir la evidencia de plantas, el autor puntualiza que “las primeras prácticas de cultivo no debieron marcar una ruptura con el forrajeo de plantas y la caza de animales, sino que la caza, la recolección y el cultivo de plantas formaron parte de un *continuum* de explotación del medio [...] cuyo efecto fue la ‘domesticación del bosque’ en su acepción tanto económica como simbólica, dando lugar, en palabras de Rindos (1990), a sistemas agrológicos basados en relaciones de codependencia con plantas protegidas, dispersadas y cultivadas a pequeña escala” (p. 169).

En la sección siguiente, “Ubicación: espacio y tiempo”, el autor discute el concepto de territorialidad así como su apropiación por estas comunidades, llegando a plantear que puesto que existen similitudes geográficas (Porce y Valle de Cauca), cronología similar y formas de explotación similares, es posible plantear la hipótesis

de un origen común para estos cazadores-recolectores de montaña. Más aún, indica el autor que

[...] el hecho de que 3000 años más tarde aparezca una [sic] estilo cerámico, el marrón inciso, que conecta ambas regiones, pudo haber sido antecedido varios milenios atrás por los primeros habitantes de ambas regiones, aunque esto no explica por qué la cerámica ‘Cancana’ no se expande hacia el curso medio del río Cauca, si asumimos que ambas regiones no estaban aisladas la una de la otra. Nuevos datos ayudarán a aclarar cuáles fueron las relaciones entre ambas regiones, tanto desde un punto de vista del origen como de la evolución (p. 174).

A manera de conclusión, el autor plantea que los trabajos analizados no constituyen una ruptura teórica, moviéndose ambos en lo que denomina como paradigma de la arqueología tropical, “el cual se puede definir como un quehacer científico que estudia desde un punto de vista ecológico la explotación de los bosques húmedos tropicales por sociedades forrajeras y el origen de la horticultura” (p. 177). Anotando que la ecología, en su versión materialista ha sido el marco teórico más influyente, plantea como su principal problema el

[...] reduccionismo de explicar la conducta de los individuos desde un punto de vista adaptativo ambientalista, lo cual, por supuesto, no es rechazable, simplemente se trata de que las decisiones de los individuos no solamente se toman dentro de ecosistemas naturales sino también en contextos ideológicos y sociales que son tan determinantes como las características del medio o la propia tecnología (p. 177).

Se reconoce entonces como deseable, incorporar otras estrategias como puede ser la ecología simbólica (p. 178). En igual sentido, plantea el autor como algo deseable, incrementar y sistematizar el uso de la etnografía como soporte de las investigaciones de cazadores-recolectores, pues considera que las limitaciones y riesgos de la analogía etnográfica “no justifican su ausencia a la hora de plantearnos hipótesis, aspectos conceptuales y elementos para interpretar el pasado” (p. 178). Entre los temas planteados por el autor está una consideración sobre las dataciones, las cuales siguen siendo deficientes para poder generar un esquema apropiado para formular las reconstrucciones sociales. En este sentido, llama la atención también sobre el predominio de una idealización de las sociedades cazadores-recolectoras cuando éstas son vistas como sociedades altamente eficaces en la explotación del medio, olvidando que estas sociedades transforman su relación con el medio (p. 179).

Una de las cosas que llama la atención en este texto, es que tanto en el inicio como en las conclusiones, se enfatice —casi como una camisa de fuerza—, que el análisis se centra en los proyectos realizados por el Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia. Por una parte, no es claro hasta qué punto este tipo de restricción tenga una sustentación teórica o de cómo puede afectar la lectura de la temática tratada —asumiríamos que negativamente, dado el evidente macrorregistro de estas poblaciones en la actualidad—; por otra parte, porque el autor hace

un esguince que tampoco es claro, pues para lograr su cometido, recurre a trabajos realizados por una firma privada como lo es INTEGRAL, la cual no representa al Departamento de Antropología. Una cosa es que los arqueólogos que realizaron esos trabajos sean egresados del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia, y otra bien distinta si de lo que se trata es de hacer un balance de la producción de dicha unidad académica.

No obstante, y asumiendo que lo importante es el análisis de la temática y no la “autoría institucional” de las investigaciones (tema que bien ameritaría un estudio si se pretende evaluar la existencia de “escuelas” de pensamiento arqueológico en el país, por ejemplo), debemos señalar que las críticas sobre las falencias en cuanto a la información de estos grupos, si bien destacan hechos o énfasis sobre los que uno puede estar fácilmente de acuerdo, no se ofrece ninguna propuesta para remontar el estado de cosas, en especial para abordar los campos “cognitivos” de esas poblaciones. El texto, no obstante, hace un esfuerzo claro por explicitar los fundamentos teóricos de las investigaciones realizadas, así como de mostrar el contraste e implicaciones de unas y otras. Como hecho curioso, llama la atención el agradecimiento del autor a quien hizo el mapa de ubicación de la región de estudio (p. 180), pues éste no aparece en el texto.

El sexto y último texto, *La nación entre los tres ríos, o ensayos de relectura sobre fuentes documentales*, por Sofía Botero Páez, comienza por plantear que en Antioquia, la falta de trabajos que a partir del análisis de las fuentes documentales escritas, pretendan dar cuenta de la historia de los indígenas e intenten ir más allá de la citación literal y suelta de frases o ideas, ha llevado a generar entre los arqueólogos una prevención frente a las crónicas mismas, por considerarlas inapropiadas en razón de una multiplicidad de elementos asociados con su creación como son causas políticas y económicas, sesgos políticos, ideológicos o por considerar que son simplemente relatos fantasiosos (pp. 185 y 186).

Pero el texto, dice la autora, es justamente lo contrario a la desazón: es una invitación a cambiar las preguntas y releer la información, de tal manera que como objetivo, el trabajo busca contribuir a la

[...] reconstrucción de la historia de los indígenas que vivieron en los territorios que hoy conocemos como Departamento de Antioquia, a partir del análisis de la documentación escrita más temprana conocida hasta el momento [y] evidenciar la existencia de una nación localizada entre los ríos Atrato, Cauca y Magdalena. Se propone ampliar los espacios geográficos y de análisis en los que se considera debe trabajar la arqueología y se ponen a discusión y —ojalá a verificación— las múltiples hipótesis que se generan de este trabajo (p. 186).

En la nota de pie de página 1, se anota que este texto se deriva de un trabajo mayor que viene realizando con Estella María Córdoba, titulado “Fragmentos de la historia de una gran nación, los hevexicos en el cañón del río Cauca”.

La desaparición física de la población después de la conquista, y el no haber dejado textos escritos sobre sus vidas y costumbres, aunado al estado actual de las

investigaciones arqueológicas, dice la autora, llevan a que sólo se tengan generalizaciones que deben ser superadas ya que éstas repiten y reafirman la visión de los conquistadores siendo causa del desinterés por el conocimiento del pasado más antiguo de esta región (p. 186). Por ello, la autora considera que quizá, ese pasado indígena es esquivo, “inaprensible”, no por la naturaleza de la información de que disponemos para apropiarlo sino en virtud de “nuestra propia historia conceptual” (p. 187) que se alza como el mayor obstáculo para “ver” ese pasado tal y como fue: grande y complejo, como opuesto a la idea generalizada de que en Antioquia no se desarrollaron sociedades indígenas importantes (p. 187).

Dejando claro que la pretensión no es hermenéutica ni tampoco de síntesis, ni que se parta del análisis de la situación sociopolítica de quienes escribieron, la autora plantea que

[...] sólo se tratará de recuperar, de las crónicas y textos escritos por los primeros conquistadores y colonizadores, los elementos que permitan observar de la manera más fiel posible lo que los españoles encontraron o “vieron” inicialmente, para volver a mirar desde distintas perspectivas el panorama indígena que existía en el Departamento de Antioquia, con el fin de tener mayor acceso y claridad sobre los escenarios naturales e ideológicos desde los que se contará la historia hasta nuestros días (p. 187).

Así, se plantea que desde una perspectiva teórico-metodológica, lo que se propone es utilizar las fuentes documentales escritas como una herramienta de prospección arqueológica, que permite la “observación” de situaciones y paisajes contemporáneos al documento, susceptibles de ser leídos y reconocidos actualmente (p. 188). Se indica también que la transcripción de textos se hace en extenso con el fin de proveer al lector de la información completa y no generar en éste dudas sobre el contexto narrativo ni social en que se desarrollaron los documentos (p. 190).

Con base en las anteriores consideraciones, el texto procede en una primera sección subtitulada “Oro y caníbales” —en la que se deja constancia de que tanto la condición de canibalismo generalizado como la riqueza aurífera de la zona fueron clara y reiteradamente establecidas en los documentos de la época— a ilustrar de qué forma y por qué razones las fuentes documentales sí aportan los elementos para una relectura o prospección arqueológica. Entre éstos se señalan la naturaleza de los relatos, destacando que muchos fueron realizados por quienes intervinieron en el descubrimiento de la región (testigos de primera mano), el interés de los españoles por garantizar su propia ubicación (lo que los llevaba a señalar accidentes geográficos u otras características de fácil y clara recordación), y que muchas de las voces o vocablos utilizados han llegado hasta nosotros. Anota entonces la autora, en lo que se constituye una de las tesis centrales del trabajo, que

La prolífica mención de “señores”, “jefes” y “caciques” replica de manera incierta la jerarquía y estructura ideológico-política propias de la monarquía española del siglo XVI, al igual que la gran cantidad de denominaciones como “pueblos”, “provincias”, “reinos” y “comarca” que aparecen en los documentos españoles reproduce su estructura adminis-

trativa. Ello se torna doblemente problemático al hacer muy difícil establecer la situación propiamente indígena, y al momento en que estas asignaciones se toman literalmente, se ha creído que las estructuras sociales indígenas asentadas en el Cañón del río Cauca corresponden a sociedades extremadamente diferenciadas, pequeñas y atomizadas, las cuales se cree vivían en un “estado de guerra crónico” (p. 194).

La autora, no obstante, manifiesta creer lo contrario:

Lo que observaron los españoles fueron extensas y densas naciones entre las que no existía una jerarquización vertical determinante sino en las que coexistían muchos “principales” o personajes que por una u otra razón, eran visiblemente reconocidos por sus comunidades; organizados social y territorialmente, según las necesidades propias de cada núcleo de población, cuyos procesos históricos y mecanismos de acción política y cultural les permitieron diferenciarse de otras naciones y los hicieron capaces de responder como un solo cuerpo frente a problemas o ante naciones agresoras (p. 194).

Argumenta entonces que en apoyo a esa tesis está el “tamaño y nucleación poblacional de los distintos sitios a los que llegan los cristianos españoles, lo cual registra Trimborn de la siguiente forma:

Los europeos no encontraron a los habitantes del Valle del Cauca y de los territorios colindantes diseminados por el espacio cultural y aislados en familias, sino generalmente reunidos en agrupaciones rurales. El hecho de que los poblados predominaran en forma de aldeas y no de chozas dispersas se refleja con tal regularidad en las descripciones de los testigos oculares que hace innecesaria su demostración documentada (Trimborn citado por Botero en la p. 194).

Agrega la autora la presencia de “vastos caminos” que unían los grandes centros de la época como eran la “ciudad de Antiochia a la villa de Anserma” (p. 194), indicando además que “El hecho de que las crónicas refieran constantemente que cerca de los caminos no se encuentran casas ni gente, se debe entender en el hecho de que los indígenas huían de las rutas a través de las cuales entraron los conquistadores, sus enemigos; no se trataría, por tanto, de una situación propia de la naturaleza socio-política de las relaciones entre indígenas” (p. 195), lo cual respalda con esta cita de Cieza:

[...] Todo ello o lo más está poblado de indios, y tienen las casas muy apartadas del camino. Luego que salen de Antiochia se hallega a un pequeño cerro que se llama de Corome, que está en unos vallecetes, donde solía haber muchos indios y población; y entrados los españoles a conquistarlos, se han disminuido en gran cantidad (Cieza citado por Botero en la p. 195).

En este punto debemos hacer un alto para comentar varios aspectos de la argumentación que consideramos relevantes porque parecen ir en claro contrasentido con lo que se ha dicho son las precisiones teórico-metodológicas y el objeto del texto mismo. En primer lugar, si se trata de “ver” lo que vieron los españoles, no creemos que el mejor procedimiento sea dejar de lado la demostración o corrobora-

ración documentada de los hechos, aún, y menos quizá, dejarla de lado a expensas de una generalización realizada por un “lector” posterior como es el investigador Trimborn. En este sentido, considero apropiado mencionar que como lo planteé anteriormente en un documento que aunque aparece en la bibliografía nunca es reseñado en la obra (Jaramillo, 1995: 49), tan problemático como aceptar las crónicas sin cuestionamientos, resulta el asumir las afirmaciones generalizantes de Trimborn, pues éstas, como es apenas obvio, al ofrecerse como indicadores para todo el valle o cuenca del río Cauca, dejan de lado las particularidades que serían importantes para comprender las diferentes trayectorias de las comunidades indígenas, y como efecto de esto, genera un “estado de cosas” que no es el que existía en todas partes. La obra de Trimborn, sin lugar a dudas importante, no puede convertirse en “sello de garantía” sobre lo que vieron los españoles; su misma visión debe ser analizada en su contexto, y de igual manera que se requiere una consideración sobre conceptos clave utilizados por los cronistas —como el de nación (p. 194), por ejemplo—, sería de revisar los de “familia”, “señorío” y “barbarie” en la obra de Trimborn, pues éstos, también son “gafas” que median para “ver” lo que en el Valle del Cauca y zonas aledañas acontecía.

En segundo lugar, y de la mano con lo anterior, resulta llamativa la manera de la argumentación referente a la población y su grado de nucleación. Por una parte, son claras las afirmaciones de las crónicas en el sentido de que las aldeas propiamente dichas no tenían un plano físico compacto (tipo caserío de casa juntas), siendo generalmente agregados con diversos grados de compactación, principalmente en los lugares de residencia de los caciques, quienes actuaban como fuerzas centrípetas. Por otro lado, la cita de Cieza que se plantea para soportar la afirmación de que los indígenas huían de los caminos y por ello los españoles anotaban que no había casas ni gente cerca de ellos, no dice que los indios huyan de los caminos, dice que sus casas están retiradas de éstos, es decir, esa sería la configuración indígena. Por otra parte, lo que anota la crónica es una disminución de la población cuya causa —asunto por evaluar— puede ser porque huyeron o se murieron o una combinación de ambas.

Hechas estas observaciones, podemos decir que la argumentación continúa ahora invocando el aspecto lingüístico como elemento central para poder “rescatar” esas comunidades o grandes naciones. En efecto, la autora considera que “no hay elementos ni argumentos que nos hagan dudar de las diferencias lingüísticas que reportan los españoles”, y que éstas eran marcadores sociales y territoriales (p. 195).

Así, la segunda sección del texto denominada “El territorio de los Hevexicos” (pp. 196-216), se dedica a documentar la existencia de dicha “nación” y delimitar su territorio recurriendo tanto a crónicas como a historias regionales contemporáneas para definir la zona de ocupación. Esta sección requiere que el lector conozca con mucho detalle la región del estudio para poder seguir la discusión con claridad o poseer un mapa con una escala suficientemente apropiada para “ver” los argumentos hechos a la luz de los toponímicos, accidentes geográficos, rutas, cálculos de

distancias, etc., que se discuten. Desafortunadamente, tal mapa no existe, pues el incluido en la página 204 apenas permite leer el nombre del departamento. Allende esta complejidad, la sección presenta otros temas que también son de interés de discusión, y aunque no se pueden abordar todos, vale mencionar lo concerniente al uso y significado en las crónicas de categorías como la de “provincia”, que la misma autora reconoce fue de uso indistinto y que por ello no es muy claro a qué se refieren cuando lo emplean (p. 205), o el de categorías como “legua”, “nación”, etc.

El texto concluye con una llamada de atención al futuro fascinante de la investigación del territorio entre los tres ríos, haciendo este final quizá más sorprendente, inesperado, llamativo y polémico, la denominada “propuesta interpretativa” según la cual, las tres bandas verticales de pintura blanca ubicadas en una vasija cerámica ilustrada como foto 3 en la página 216, serían “la manera de señalar la procedencia o el territorio entre los tres ríos”. Bueno...

Mas allá de los comentarios realizados sobre los problemas que veo en la argumentación, creo que se debe destacar el hecho de que por ser el texto un extracto de un trabajo mayor, sea necesario y prudente conocer ese otro donde quizá se logró un mejor balance entre los argumentos centrales y las largas y extensas citas de sustentación de la argumentación. Considero que un mérito propio del trabajo es, sin lugar a dudas, el ser una invitación a “releer” no sólo las crónicas, sino a reconstruir modelos espaciales y temporales en los cuales reconstituir las sociedades prehispánicas, aspecto este último que sería muy pertinente para aproximar, por ejemplo, con mejor resolución, las elaboraciones y reconstrucciones de las relaciones entre la multiplicidad de “grupos y estilos” cerámicos que se reportan en este volumen para el periodo Tardío.

Comentarios finales

Este volumen especial del Boletín de Antropología, creemos, logra su cometido central como es el de presentar al lector un panorama que va más allá de la revisión de datos e información puntual, ofreciendo “visiones” contrastantes sobre un tema común como es la reconstrucción del pasado prehispánico en Antioquia. Estas visiones, además, incorporan reflexiones sobre otros aspectos más generales tanto teóricos como metodológicos sobre la práctica de la arqueología y la investigación histórica en general, aspecto que le da al volumen un sello especial, pues se convierte en más que una obra de referencia necesaria para los interesados en el tema y ésta región, siendo también de interés para quienes quieran “ver” el desarrollo de la arqueología en Colombia... más allá de los “datos”.

Llama la atención que en ninguno de los textos de este volumen, pero especialmente en la presentación y en el artículo de Piazzini, se menciona la reseña realizada por Barragán (2002), pues ésta es, sin lugar a dudas, un complemento necesario de cualquier homenaje a Graciliano Arcila. En un sentido similar, llama también

la atención que ninguno de los ensayos aborde de manera detallada el trabajo de Graciliano Arcila sobre Urabá.

El texto presenta algunos errores editoriales de diversa índole, aunque no sustanciales; el papel y la calidad de la edición son buenos, con excepción del mapa de la página 204.

Tratando de poner en perspectiva los argumentos sobre la reconstrucción del pasado prehispánico en Antioquia, podríamos indicar varios elementos que se desprenden del texto visto en conjunto:

En primer lugar, la falta de investigación empírica en todos los rangos temporales y sociales de esa historia antioqueña. Esa falta no es sólo en términos absolutos (cantidad), sino condicionada a programas de investigación que surjan con preguntas claras y con estrategias acordes (metodológicas y técnicas). En el caso de las ocupaciones “cazadoras-recolectores-hortícolas”, tanto Santos y Otero de Santos, como Aceituno y Obregón, reconocen que las deficiencias del registro para estas poblaciones es grande, pero sus quejas involucran argumentos que si bien poseen sentido teórico —como la necesidad de incorporar lo simbólico— no aventuran, siquiera hipotéticamente, lo que debería ser el tipo de investigación con que se alcanzaría la información necesaria para abordar las temáticas presentadas como falencias. Un ejercicio en tal sentido, creo que puede contribuir más que el solo señalamiento de la carencia. Lo anterior, por su puesto, no desconoce como un hecho positivo el que en estos textos, se trate de explicitar cada vez más, tanto las perspectivas teórico-metodológicas utilizadas, como las implicaciones de los argumentos sean estos evolucionistas, culturalistas, estructuralistas o ecologistas en sus varias manifestaciones.

El panorama con las ocupaciones agroalfareras, no es tampoco ajeno a esa necesidad de mayor información, pero sobre todo, de nuevo, de información recuperada con claras metas y perspectivas metodológicas para abordar o solucionar problemas en el conocimiento de estas sociedades. La discusión planteada por ejemplo por Obregón frente a la curva demográfica del Tardío, en vista de los argumentos del trabajo de Langebaek et al., pone en evidencia la importancia de tales metodologías para cimentar discusiones entorno a variables que a pesar de ser reconocidas como centrales en todos los análisis, pocas veces son claramente sustentadas.

En relación con estas comunidades agroalfareras, también se manifiesta la necesidad de profundizar más, tanto en las tipologías como en los fechamientos. Y en esa dimensión, hacemos eco de las llamadas de atención de Santos y Otero de Santos, Obregón y Botero, en el sentido de revalorar las tipologías y las clasificaciones como parte importante del “quehacer” arqueológico. Creemos que así como en su momento tuvo sentido la reacción frente a la “tiestología” (en favor de una arqueología con “preguntas” y más allá de la descripción temporal y “funcionalista” de las sociedades), es hora de hacer un llamado de atención pues se ha pasado rápidamente al otro extremo, en el que con precarias caracterizaciones tipológicas

de complejos, subcomplejos y estilos, se pasa a realizar reconstrucciones históricas cuyo valor analítico es cuestionable. En este sentido, no encuentra uno claro que ante las facilidades de la “aldea global” (Internet, páginas web, imágenes digitales) siga siendo tan difícil encontrar registros gráficos de buena calidad para un tema en el que la máxima de que una imagen vale más que mil palabras, debería ser la esencia.

Bibliografía

- Barragán, Carlos Andrés (2002). “In Memoriam Graciliano Arcila Vélez”. En: *Revista Colombiana de Antropología*, volumen 38, pp. 349-360.
- Jaramillo, Luis Gonzalo (1995). “Guerra y canibalismo en el valle del río Cauca en la época de la conquista española”. En: *Revista Colombiana de Antropología*, volumen 32, pp. 41-84.

Luis Gonzalo Jaramillo E.
Arqueólogo
Departamento de Antropología
Universidad de los Andes